



MATEO

Contexto histórico. La obra de Mateo nos sitúa en la segunda generación cristiana. Durante varias décadas después de la muerte y resurrección de Jesús, sus seguidores forman un grupo más –los «nazarenos»– dentro de la gran familia religiosa judía de fariseos, saduceos, zelotas, esenios y otros. Conviven con los demás grupos entre tensiones, tolerancia, indiferencia o sospecha. No faltan amagos y brotes de persecución. Así, hasta el año 70 en que sobreviene la catástrofe de Judea y Jerusalén, con la destrucción del Templo, en la guerra judío-romana. De las ruinas materiales y la crisis espiritual emerge un grupo fariseo que unifica poderosamente la religiosidad bajo un férreo y normativo judaísmo, excluyendo cualquier tipo de pluralidad religiosa. De este modo, el rechazo a los cristianos o nazarenos cobra más intensidad hasta ha-

cerse oficial en el sínodo judío de Yamnia (entre el año 85 y 90). Los judíos cristianos son excluidos formalmente de la sinagoga y deben comenzar a caminar solos.

Destinatarios. Para estas comunidades, conscientes ya de su propia y separada identidad, parece escribir principalmente Mateo. Y afirma, como «el dueño de una casa que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas» (13,52), la continuidad y la novedad del mensaje de Jesús respecto a sus raíces judías. Continuidad, porque en Él, que es el Mesías, se cumplen las profecías y alcanza su perfección la ley. Novedad, porque la «Buena Noticia», el «Evangelio», desborda todas las expectativas: «el vino nuevo se echa en odres nuevos» (9,17). Por eso, entre otras cosas, cita con frecuencia textos del Antiguo Testamento que se cumplen en muchos acontecimientos de la vida de Jesús, además de entroncarlo en la genealogía de David y de Abrahán (1,1). Jesús, superior a Moisés, aprueba los mandatos de la ley judía, pero también los corrige y los lleva a plenitud proponiendo sus bienaventuranzas (5,3-10). Después del momento escatológico de su muerte, investido de plenos poderes con la resurrección, lega su enseñanza como mandamientos a sus discípulos (28,16-20): en vez de la convergencia de las naciones hacia Israel, anunciada por los profetas, ordena la dispersión de la Buena Noticia a todo el mundo. En vez de la circuncisión, instauro el bautismo como signo y realidad de pertenencia al nuevo pueblo de Dios.

Autor, fecha y lugar de composición. Una tradición muy antigua atribuyó este evangelio a Mateo, el apóstol publicano (9,9). Hoy en día, sin embargo, una serie de razones convincentes hace pensar que su autor fue un cristiano de la segunda generación, proveniente del judaísmo de la diáspora, que compuso su obra en griego, utilizando los materiales de Marcos –el primer evangelio que se escribió–, e inspirándose también en otra tradición escrita, hoy perdida, conocida como «documento Q». En cuanto a su fecha de composición, el autor tiene conocimiento de la destrucción de Jerusalén (año 70) y experimenta muy de cerca la separación de los cristianos de la sinagoga judía (85-90), por eso muchos biblistas sugieren como fecha probable la década de los 80. En cuanto a su lugar de origen: Antioquía, la capital de Siria, es la hipótesis más aceptada.

Un evangelio para una Iglesia que comienza a caminar. Mateo es el evangelio más conocido, preferido y citado por la tradición antigua de la Iglesia, hasta llegar a ser, incluso en nuestros días, algo así como el «evangelio eclesástico» por excelencia. Entre las razones que avalan esta afirmación, encontramos:

Su estilo literario. Sobrio y didáctico. Claridad de composición y del desarrollo de los acontecimientos. Los relatos están cuidadosamente elaborados. Todo ello hace que sea un evangelio para ser proclamado en una asamblea eclesial.

Su carácter doctrinal. Aunque no es un tratado doctrinal o un catecismo, Mateo relata los hechos y milagros de la vida de Jesús



teniendo presente a una comunidad cristiana de la segunda generación que comienza ya a organizarse y necesita ser instruida en la «nueva ley» que ha traído el Señor.

El Jesús que presenta. No es el Jesús visto con la espontaneidad del evangelio de Marcos, sino el Jesús que la fe de la comunidad vive y expresa en sus celebraciones litúrgicas: lleno de dignidad, casi hierático, y encorsetado por las citas proféticas que se cumplen en su persona.

Los apóstoles. A diferencia del grupo asustadizo, duro de cabeza y tardo en comprender que nos presenta Marcos sin paliativos, el retrato que nos brinda Mateo de los apóstoles es el que conviene a una comunidad que comienza a organizarse y que necesita del ejemplo, prestigio y la autoridad de sus responsables. Reconociendo sus defectos, pero limando sus asperezas, los apóstoles, según Mateo, terminan comprendiendo las enseñanzas y las parábolas del Maestro (16,12); lo reconocen como Hijo de Dios (14,33); cuando les habla del reinado de Dios y les pregunta si han entendido todo, ellos responden que sí, y a continuación los compara como a letrados expertos (13,51s). Más adelante los equipara a profetas, doctores y letrados (23,34). Es Mateo, también, el único de los evangelios sinópticos que nos relata el pasaje de la investidura de poder a Pedro, base y fundamento de la Iglesia (16,18).

El reino de Dios. Las comunidades de la segunda generación ya han comprendido que la instauración definitiva del reinado de Dios no es una realidad tan inminente, sino que les espera un largo camino por recorrer.

La Iglesia. Este reinado de Dios, en camino hacia su manifestación definitiva, ha tomado cuerpo en la comunidad cristiana, a la que Mateo llama «Iglesia», continuadora legítima del Israel histórico. Es el Israel auténtico que ha entrado ya en la etapa final. La comunidad no tiene que añorar el pasado ni renegar de él. Ahora se aglutina en su lealtad a Jesús, Mesías y Maestro, nuevo Moisés e Hijo de David. Es una comunidad consciente y organizada, en la que van cuajando normas de conducta, prácticas sacramentales y litúrgicas, y hasta una institución judicial. Una comunidad que se abre para anunciar su mensaje a judíos y paganos.

Sinopsis. La gran introducción de la infancia tiene valor de relato programático sobre la falsilla de Moisés en Egipto y de ciertos anuncios proféticos (1–2). Tras el bautismo (3), el cuerpo de la obra se reparte geográficamente entre el ministerio en Galilea (4–13) y en Jerusalén (14–25), donde Jesús va pronunciando sus famosos cinco discursos –como un nuevo Pentateuco–: El sermón del monte (5–7), como contrafigura de la ley de Moisés; la misión presente de los apóstoles (10) que prefigura la futura; las parábolas (13) que explican cómo es el reinado de Dios; las instrucciones a la comunidad (18) y el discurso escatológico (24–25). Sigue como desenlace la pasión, muerte y resurrección (26–28) sobre la falsilla del Sal 22 y otros textos del Antiguo Testamento.

Genealogía de Jesús

(cfr. Lc 3,23-38)

Gn 11,10-32;
1 Cr 1-3

1 Libro de la genealogía de Jesús, Mesías, hijo de David, hijo de Abrahán:

² Abrahán engendró a Isaac; Isaac engendró a Jacob; Jacob engendró a Judá y a sus hermanos. ³ Judá engendró, de Tamar, a Fares y Zará; Fares engendró a Esrón; Esrón engendró a Arán. ⁴ Arán engendró a Aminadab; Aminadab engendró a Naasón; Naasón engendró a Salmón. ⁵ Salmón engendró, de Rajab, a Booz; Booz engendró, de Rut, a Obed; Obed engendró a Jesé. ⁶ Jesé engendró al rey David.

David engendró, de la mujer de Urías, a Salomón. ⁷ Salomón engendró a Roboán; Roboán engendró a Abías; Abías engendró a Asaf. ⁸ Asaf engendró a Josafat; Josafat engendró a Jorán; Jorán engendró a Ozías. ⁹ Ozías engendró a Joatán; Joatán engendró a Acaz; Acaz engendró a Ezequías. ¹⁰ Ezequías engendró a Manasés; Manasés engendró a Amón; Amón engendró a Josías. ¹¹ Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos, en tiempos del destierro a Babilonia.

¹² Después del destierro a Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel; Salatiel engendró a Zorobabel. ¹³ Zorobabel engendró a Abiud; Abiud engendró a Eliacín; Eliacín engendró a Azor. ¹⁴ Azor engendró a Sadoc; Sadoc engendró a Aquín; Aquín engendró a Eliud. ¹⁵ Eliud engendró a Eleazar; Eleazar engendró a Matán; Matán engendró a Jacob. ¹⁶ Jacob engendró a José, esposo de María, de la que nació Jesús, llamado el Mesías.

¹⁷ De este modo, todas las generaciones de Abrahán a David son catorce; de David hasta el destierro a Babilonia, catorce; del destierro de Babilonia hasta el Mesías, catorce.

Anuncio a José

(cfr. Lc 2,1-7)

¹⁸ El nacimiento de Jesús, Mesías, sucedió así: su madre, María, estaba comprometida con José, y antes del matrimonio, resultó que estaba embarazada, por obra del Espíritu Santo. ¹⁹ José, su esposo, que era un hombre justo y no quería denunciarla públicamente, pensó abandonarla en secreto. ²⁰ Ya lo tenía decidido, cuando un ángel

Lc 1,27-35

1,1-17 Genealogía de Jesús. La genealogía nos ayuda a conocer nuestros orígenes y saber de nuestras raíces. Para los judíos era muy importante conservar viva la memoria de sus antepasados. De esta manera, el nacimiento de Jesús queda vinculado a la historia de un pueblo, Israel; una historia cargada de promesas y esperanzas, pero también de fragilidad y de pecado. Una pequeña historia, en definitiva, que representa y de la que dependerá toda la historia humana.

Así lo ve Mateo al comenzar su evangelio con la genealogía de Jesús, elaborando artificiosamente la cadena de generaciones hasta llegar a su punto culminante: un hombre concreto, «Jesús, llamado Mesías» (1,16). En Él confluyen la historia de los hombres y la historia de las promesas de Dios, representadas por David y por Abrahán, o lo que es lo mismo: la única historia de la salvación.

Pero Mateo no nos está hablando solamente de la historia en abstracto, sino de la real y concreta historia de los hombres y mujeres que la componen y cuyos nombres evocan todo lo que de bueno, de frágil, de éxito y

de fracaso, de dolor y de sufrimiento existe en la familia humana: patriarcas, sabios y profetas, buenos y malos gobernantes, trabajadores, campesinos, desterrados, esclavos, nativos y emigrantes, prostitutas...

¿Quién, al leer esta primera página del evangelio, se sentirá excluido de la familia de Jesús? ¿Quién no se sentirá llamado a participar de la plenitud de las promesas de Dios que se han hecho carne en un miembro de nuestra familia humana?

Al poner fin a la serie de nombres, Mateo intencionalmente no llama a María esposa de José, sino todo lo contrario, José, esposo de María.

1,18-25 Anuncio a José. La cadena de generaciones desemboca, por fin, en el último eslabón, no uno más, sino único, definitivo y extraordinario: un nacido de «virgen». Mateo se apoya en la promesa/profecía de Is 7,14, leída en un sentido especificado ya por la tradición judía. Mateo sigue esa tradición y la autentifica en este relato que desarrolla con total claridad que la maternidad de María no es obra de José, sino del Espíritu San-

del Señor se le apareció en sueños y le dijo:

–José, hijo de David, no temas recibir a María como esposa tuya, pues la criatura que espera es obra del Espíritu Santo. ²¹ Dará a luz un hijo, a quien llamarás Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.

²² Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había anunciado por medio del profeta:

²³ *Mira, la virgen está embarazada, dará a luz a un hijo que se llamará Emanuel* –que significa: Dios con nosotros–.

²⁴ Cuando José se despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había ordenado y recibió a María como esposa. ²⁵ Y sin haber mantenido relaciones dio a luz un hijo, al cual llamó Jesús.

Homenaje de los magos

(cfr. Lc 2,8-20)

2 ¹ Jesús nació en Belén de Judea, en tiempos del rey Herodes. Sucedió que unos magos de oriente se presentaron en Jerusalén ² preguntando:

–¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Vimos aparecer su estrella y venimos a adorarlo.

³ Al oírlo, el rey Herodes comenzó a temblar, y lo mismo que él toda Jerusalén. ⁴ Entonces, reuniendo a todos los sumos sacerdotes y letrados del pueblo, les preguntó en qué lugar debía nacer el Mesías. ⁵ Le contestaron:

–En Belén de Judea, como está escrito por el profeta:

⁶ *Tú, Belén, en territorio de Judá, no eres ni mucho menos la última de las poblaciones de Judá, pues de ti saldrá un jefe, el pastor de mi pueblo, Israel.*

⁷ Entonces Herodes, llamando en secreto a los magos, les preguntó el tiempo exacto en que había aparecido la estrella; ⁸ después los envió a Belén con el encargo:

–Averigüen con precisión lo referente al niño y cuando lo encuentren avisenme, para que yo también vaya a adorarlo.

⁹ Y habiendo escuchado el encargo del rey, se fueron. De pronto, la estrella

to. Así habla el texto (1,20-23) y así ha permanecido en la fe de la Iglesia.

¿Cómo reacciona José ante el acontecimiento del embarazo de María? Se dice que José era «honrado» y no quería difamarla repudiándola públicamente; por eso decidió hacerlo en privado. ¿Le sorprendió ver a María embarazada? ¿Es posible que su prometida no le hiciera partícipe del acontecimiento? No es éste el drama que acompaña su corazón.

Podemos pensar que la decisión de José tiene en Mateo un sentido más profundo: se siente perplejo y desconcertado, lleno de temor reverencial ante un misterio que intuía y que le desbordaba. La instintiva reacción de huida ante la presencia del misterio de Dios es una constante en los relatos de vocación de todos los grandes personajes del Antiguo Testamento. Y esto es probablemente lo que el evangelista quiere contarnos a través del drama humano de su relato: la «vocación de José» al servicio del misterio de la salvación.

Una vez que el ángel calma su temor, José, convertido en el padre legal del hijo de María, iniciará su misión e impondrá al futuro recién nacido un nombre, Jesús,

cuyo significado resume toda la nueva revelación que se hará realidad en su vida, muerte y resurrección: «porque él salvará al pueblo de sus pecados». Así inicia José su vocación: encubriendo y protegiendo el misterio del «Emmanuel, Dios-con-nosotros» (1,23), hasta que llegue su hora.

2,1-12 Homenaje de los magos. He aquí uno de los episodios más bellos de la infancia de Jesús, que ha cautivado y sigue cautivando la imaginación de creyentes y no creyentes, de teólogos, pintores y poetas: el homenaje de los Magos. ¿Qué quiere contarnos el evangelista? ¿Un acontecimiento histórico, una leyenda, una reflexión teológica dramatizada sobre el alcance universal del nacimiento del Salvador? Quizás un poco de todo eso. Y con esa mente abierta debemos adentrarnos en los relatos de todo el capítulo segundo, en donde Mateo va tejiendo, a modo de presentación, el perfil de su personaje.

Desde la noche de los tiempos, la contemplación de las estrellas ha fascinado a hombres y mujeres de todas las religiones y culturas. Las estrellas les han hablado de

que se les apareció en oriente avanzó delante de ellos hasta detenerse sobre el lugar donde estaba el niño. ¹⁰ Al ver la estrella se llenaron de una inmensa alegría. ¹¹ Entraron en la casa, vieron al niño con su madre, María, y postrándose le adoraron; abrieron sus tesoros y le ofrecieron como regalos: oro, incienso y mirra.

¹² Después, advertidos por un sueño de que no volvieran a casa de Herodes, regresaron a su tierra por otro camino.

Huida a Egipto y matanza de inocentes

¹³ Cuando se fueron, un ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo:

—Levántate, toma al niño y a su madre, huye a Egipto y quédate allí hasta que te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo.

¹⁴ Se levantó, todavía de noche, tomó al niño y a su madre y partió hacia Egipto, ¹⁵ donde residió hasta la muerte de Herodes. Os 11,1

Así se cumplió lo que anunció el Señor por el profeta:

*De Egipto
llamé a mi hijo.*

¹⁶ Entonces Herodes, al verse burlado por los magos, se enfureció mucho y mandó matar a todos los niños menores de dos años en Belén y sus alrededores; según el tiempo que había averiguado por los magos.

¹⁷ Así se cumplió lo que anunció el profeta Jeremías:

*¹⁸ Una voz se escucha en Ramá:
muchos llantos y sollozos;
es Raquel que llora a sus hijos
y no quiere que la consuelen
porque ya no viven.*

Jr 31,15

Dios y del destino del ser humano; y han leído en el cambiante mapa astral acontecimientos decisivos de la historia; han visto en la aparición de una nueva estrella el nacimiento de personajes importantes; han asignado a cada pueblo su estrella o constelación. Han soñado y esperado y rezado mirando a las estrellas.

También la cultura bíblica escudriñó en las estrellas el acontecimiento más importante hacia el que tendía toda la historia de Israel: el nacimiento del Mesías-Rey. La secta judía de Qumrán había llegado hasta confeccionar su horóscopo. En el libro de los Números (24,17) el profeta astrólogo Balahán contempla en el firmamento cómo «avanza la constelación de Jacob y sube el cetro de Israel».

Sobre este horizonte de historia y de leyenda proyecta el evangelista esta meditación en forma de relato escenificado que contiene ya, en germen, todo lo que nos va a decir a lo largo de su evangelio: Jesús es el heredero de las promesas de Israel, pero también de la esperanza de todos los pueblos de la tierra; es el Rey-Mesías e Hijo de Dios, pero se revela en la humilde fragilidad del niño, hijo de María; su presencia provoca el rechazo de los suyos y la aceptación de los alejados y extranjeros; los que, dejándolo todo, se lanzan decididamente en su búsqueda, lo encontrarán y se llenarán del «gozo inmenso» (2,10) de quienes han entrado, como los Magos, en el misterio de la presencia amorosa de Dios (cfr. Mt 5,12; 13,20; 13,44; Lc 1,28; 2,10; 10,20).

La liturgia de la Iglesia ha captado y expresado todo el alcance de la narración de Mateo en el nombre de la

fiesta con que celebra la visita de los Magos: La Epifanía (manifestación) de Jesús.

2,13-23 Huida a Egipto y matanza de inocentes. Regreso de Egipto. Historia, leyenda y teología se dan de nuevo la mano en el presente episodio con el que Mateo va a concluir su presentación de Jesús.

La crueldad sanguinaria de Herodes, que afectó al recién nacido y a su familia, es un dato histórico de aquellos tiempos turbulentos por los que atravesaba Palestina bajo la opresión del tirano. Así lo recoge el evangelista, pero no como historiador, sino como un teólogo que lee la historia, la interpreta a la luz de la Palabra de Dios y después la vierte en un relato dramático de tonos legendarios, el instrumento literario que más se presta a la evocación simbólica y a la reflexión.

Al igual que Moisés (cfr. Éx 2,1-9), Jesús es salvado de una muerte segura a manos del tirano; como el fundador del pueblo de Israel (cfr. Éx 4,19-23), tiene que huir con su familia. La matanza de los inocentes evoca el exterminio de los niños israelitas (cfr. Éx 1,15-16) y el llanto de Raquel (cfr. Jr 31,15). Su regreso de Egipto parece obedecer al mandato de Dios que ya anunció el profeta: «llamé a mi hijo que estaba en Egipto» (Os 1,11).

De esta forma, el evangelista nos dice que Jesús es el nuevo Moisés quien, a través de un nuevo Éxodo, llevará a su pueblo, asumiendo el exilio y la persecución, hacia una nueva y definitiva liberación. Pero no sólo a su pueblo, Israel, sino a todos los pueblos de la tierra. Mateo insinúa esta dimensión con el nombre del lugar don-

Regreso de Egipto

¹⁹ A la muerte de Herodes, el ángel del Señor se apareció en sueños a José el Egipto ²⁰ y le dijo:

–Levántate, toma al niño y a su madre y regresa a Israel, pues han muerto los que atentaban contra la vida del niño.

²¹ Se levantó, tomó al niño y a su madre y se volvió a Israel. ²² Pero, al enterarse que Arquelao había sucedido a su padre Herodes como rey de Judea, tuvo miedo de ir allí. Y avisado en sueños, se retiró a la provincia de Galilea ²³ y se estableció en una población llamada Nazaret, para que se cumpliera lo anunciado por los profetas: Será llamado Nazareno.

Jue 13,5-7;
Is 11,1

Juan el Bautista

(Mc 1,1-8; Lc 3,1-18; cfr. Jn 1,19-28)

3 ¹ En aquel tiempo se presentó Juan el Bautista en el desierto de Judea, ² proclamando:

–Arrepiéntanse, que está cerca el reino de los cielos.

³ Éste es a quien había anunciado el profeta Isaías, diciendo:

Is 40,3

*Una voz grita en el desierto:
Preparen el camino al Señor,
enderecen sus senderos.*

de se establece y donde comenzará su vida pública: «Galilea», «el distrito de los paganos», la provincia más extranjera y más paganizada de Palestina.

La pincelada final del retrato de Jesús tiene también su intención: «se llamará Nazareno» (2,23), en alusión a la aldea perdida donde vivió como artesano carpintero durante años. Aunque todavía no se ha logrado identificar el texto del profeta aludido en el versículo 23, el nombre de «nazareno» era polémico y despreciativo; ser de Nazaret era considerado como ser un «Don nadie». El evangelista Juan lo dirá más explícitamente por boca de Natanael: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?» (Jn 1,46).

3,1-12 Juan el Bautista. Después de varias décadas de vida oculta y anónima de Jesús, que los evangelistas dejan en el silencio, Mateo retoma su narración con una fórmula temporal genérica, con la que introduce en escena a Juan, con el título propio de «el bautista».

⁴ Juan llevaba un manto hecho de pelo de camello, con un cinturón de cuero en la cintura y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. ⁵ Acudían a él de Jerusalén, de toda Judea y de la región del Jordán, ⁶ y se hacían bautizar por él en el río Jordán, confesando sus pecados. ⁷ Al ver que muchos fariseos y saduceos acudían a que los bautizara les dijo:

2 Re 1,8

Is 14,29;
Jr 36,7

–¡Raza de víboras! ¿Quién les ha enseñado a escapar de la condena que llega? ⁸ Muestren frutos de un sincero arrepentimiento ⁹ y no piensen que basta con decir: Nuestro padre es Abrahán; pues yo les digo que de estas piedras puede sacar Dios hijos para Abrahán. ¹⁰ El hacha ya está apoyada en la raíz del árbol: árbol que no produzca frutos buenos será cortado y arrojado al fuego.

¹¹ Yo los bautizo con agua en señal de arrepentimiento; pero detrás de mí viene uno con más autoridad que yo, y yo no soy digno de quitarle sus sandalias. Él los bautizará con Espíritu Santo y fuego. ¹² Ya empuña la horquilla para limpiar su cosecha: reunirá el trigo en el granero, y quemará la paja en un fuego que no se apaga.

Hch 11,16

Is 66,24

El retrato que nos hace del Bautista es impresionante, tanto por su atuendo silvestre, dieta ascética y el lugar de su predicación, el desierto, como por la fuerza denunciadora de su mensaje: el arrepentimiento como cambio radical de vida y la inminencia del juicio de Dios, vengador de las injusticias. En su punto de mira están, sobre todo, los líderes religiosos y políticos del pueblo, responsables directos de la corrupción y decadencia de aquella sociedad: los fariseos y saduceos, «raza de víboras» (3,7). De esta manera oblicua hace Mateo entrar también en escena a estos personajes que, de ahora en adelante, serán los enemigos más acérrimos de Jesús.

Juan exige el arrepentimiento (cfr. Jer 8,6), la confesión pública (cfr. Neh 9), la enmienda como fruto (Sal 50,23; 51,15). Y como señal de purificación, el bautismo. El paso por el agua, recuerda el paso del mar Rojo y el Jordán. Frente a los proyectos de la élite judía (fariseos y esenios), se encuentra en el movimiento bautista una aguda preocupación por anunciar a todos la salva-

Bautismo de Jesús

(Mc 1,9-11; Lc 3,21s; cfr. Jn 1,29-34)

¹³ Entonces fue Jesús desde Galilea al Jordán y se presentó a Juan para que lo bautizara. ¹⁴ Juan se resistía diciendo:

–Soy yo quien necesito que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí?

¹⁵ Jesús le respondió:

–Ahora haz lo que te digo pues de este modo conviene que realicemos la justicia plena.

Ante esto Juan aceptó.

¹⁶ Después de ser bautizado, Jesús salió del agua y en ese momento se abrió el cielo y vio al Espíritu de Dios que bajaba como una paloma y se posaba sobre él; ¹⁷ se oyó una voz del cielo que decía:

–Éste es mi Hijo querido, mi predilecto.

Is 42,1;
Sal 2,7**Jesús puesto a prueba**

(Mc 1,12s; Lc 4,1-13)

4 ¹ Entonces Jesús, movido por el Espíritu, se retiró al desierto para ser tentado por el Diablo. ² Hizo un ayuno de cuarenta días con sus noches y al final sintió hambre. ³ Se acercó el Tentador y le dijo:

Éx 34,28

–Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan.

⁴ Él contestó:

–Está escrito:

*No sólo de pan vive el hombre,
sino de toda palabra
que sale de la boca de Dios.*

Dt 8,3

⁵ Luego el Diablo se lo llevó a la Ciudad Santa, lo colocó en la parte más alta del templo ⁶ y le dijo:

Sal 91,11s

–Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, pues está escrito:

ción, vista la proximidad amenazante del inminente juicio de Dios. El «bautista» es el anillo entre los profetas y Jesús: lo que los profetas vieron o entrevieron como futuro, él lo muestra como ya presente.

3,13-17 Bautismo de Jesús. La brevedad con que narra Mateo esta escena deja, aparentemente, muchas preguntas sin responder. ¿Fue Jesús discípulo de Juan? Y si lo fue, ¿qué le movió a formar parte del movimiento reformador iniciado por el profeta del desierto? Pero, sobre todo, ¿por qué se sometió, también él, al rito simbólico de purificación? En el relato del Bautismo se narra un hecho histórico (Jesús es bautizado por Juan) con ayuda de elementos de la apocalíptica. De ella procede el rasgarse el cielo que hace posible la aparición del Espíritu y la audición de la voz divina. Como resultado se obtiene un relato de vocación sapiencial-apocalíptica.

Con el reconocimiento por parte del bautista de la superioridad de Jesús, Mateo responde tanto a los discípulos de Juan que habían sobrevivido a la muerte del profeta y que continuaban aferrados a su memoria, como a los primeros cristianos que podían escandalizarse del gesto de Jesús. Pero es en sus palabras enigmáticas con las que acalla la reticencia del Bautista, donde hay que buscar el sentido profundo de todo el episodio: «conviene que realicemos la justicia plena» (3,15).

Si el rito era para otros señal de arrepentimiento, para Jesús es plenitud de la Justicia. El evangelista adelanta así uno de los temas fundamentales que, junto con el «reinado de Dios», va a desarrollar a lo largo de todo su evangelio. La «justicia» de Dios no es otra sino su volun-

tad de salvación gratuita ofrecida a todos sin discriminación, y es esta justicia la que Jesús llevará a su plenitud en cada palabra y en cada gesto de solidaridad y de perdón con que acogerá a los pobres, a los oprimidos y alejados. Bautizándose con los pecadores en el Jordán, Jesús carga sobre sus hombros solidarios todo el peso del pecado y del sufrimiento humano.

Sólo después de pasar Jesús por este bautismo del pueblo pecador, se abre el cielo y el Padre lo señala como «su hijo predilecto» y se hace explícita su misión. El gesto bautismal de Jesús, viene completado con la visión celestial, en forma de estructura trinitaria, puesta de relieve por la posterior tradición cristiana: voz del Padre, presencia del Espíritu y título de Hijo. Es la segunda Epifanía, la manifestación solemne de una identidad que ya se había ido perfilando en los capítulos de la infancia. La expresión «este es mi hijo amado, mi predilecto» (3,17) es una adaptación de las palabras de Yahvé dirigidas al «Siervo» (cfr. Is 41,1), figura misteriosa que, aunque inocente, sufre por su pueblo. Y así, al gesto de Jesús se une la palabra del Padre para indicarnos que este Hijo es también el Siervo sufriente de Dios.

4,1-11 Jesús puesto a prueba. Mateo nos ofrece a continuación uno de los episodios más impresionantes de todo el Nuevo Testamento, conocido tradicionalmente como «las tentaciones de Jesús», aunque es preferible llamarlas pruebas, más que tentaciones. Literaria y teológicamente, es también uno de los textos más elaborados. Sólo el artificio dramático de un relato como el presente podía decir tanto en tan pocas líneas.

Jesús acaba de ser proclamado Hijo de Dios y, como

*Ha dado órdenes
a sus ángeles sobre ti;
te llevarán en sus manos
para que tu pie
no tropiece en la piedra.*

Dt 6,16

⁷ Jesús respondió:
–También está escrito:
No pondrás a prueba al Señor, tu Dios.

⁸ De nuevo se lo llevó el Diablo a una montaña altísima y le mostró todos los reinos del mundo en su esplendor,
⁹ y le dijo:

Dn 3,
5,10,15

–Todo esto te lo daré si te prostras para adorarme.

Dt 6,13

¹⁰ Entonces Jesús le replicó:
–¡Aléjate, Satanás! Que está escrito:
*Al Señor tu Dios adorarás,
a él sólo darás culto.*

¹¹ De inmediato lo dejó el Diablo y unos ángeles vinieron a servirle.

En Galilea

(Mc 1,14s; Lc 4,14s)

¹² Al saber que Juan había sido arrestado, Jesús se retiró a Galilea, ¹³ salió de Nazaret y se estableció en Cafarnaún, junto al lago, en territorio de Zabulón y Neftalí.

¹⁴ Así se cumplió lo anunciado por el profeta Isaías:

*¹⁵ Territorio de Zabulón
y territorio de Neftalí,
camino del mar,
al otro lado del Jordán,
Galilea de los paganos.*

Is 8,23-9,1

*¹⁶ El pueblo
que habitaba en tinieblas*

tal, va a comenzar el nuevo Éxodo que será duro y doloroso. Sin embargo, antes de contarnos paso a paso el itinerario que le conducirá a la muerte, el evangelista nos presenta, como en un pórtico grandioso, la confrontación de Jesús con el enemigo que le seguirá constantemente a lo largo del camino y al que vencerá: el Diablo, o la personificación de la tentación y de la prueba (cfr. Mt 12,38; 16,22; Jn 6,15; 7,3; 12,27).

Esta gran confrontación entre el proyecto del Padre, personificado por Jesús y el antiproyecto del «rival» («diábolos», en griego), viene escenificado en tres episodios de creciente dramatismo que se desarrollan en el escenario tradicional de la «prueba» en la cultura bíblica: el desierto, y durante 40 días, símbolo de los 40 años del éxodo de Israel. El desenlace y la victoria final tendrán una dimensión cósmica, la cúspide en una «montaña altísima» (4,8) ante el esplendor y poderío de todos los reinos de la tierra.

En cada episodio, una proposición tentadora del diablo: el milagro fácil e injustificable; el espectáculo gratuito de efecto rápido y asegurado; y sobre todo, el poderío universal, si se somete a las reglas del juego del pretendido soberano del mundo. Y a cada tentación del «rival», camuflada en una cita bíblica, el rechazo de Jesús y el compromiso de vivir solamente de la palabra de Dios. Aunque las tres tentaciones parecen diferentes, todas van dirigidas a un único objetivo: apartar a Jesús de la voluntad del Padre, o lo que es lo mismo, poner a prueba su filiación divina.

Gracias a los elementos tomados del Antiguo Testamento, el relato sirve para salir al paso de ciertas expectativas mesiánicas corrientes en el tiempo de Jesús y que seducían también a sus seguidores. En definitiva, se trata de poner de relieve no sólo la misión de Jesús –el pro-

yecto del reinado de Dios– frente al proyecto del antirreino, sino también la manera concreta de anunciarlo, celebrarlo y llevarlo a la práctica. Se confrontan también los dos tipos de mesianismos: el mesianismo davidico, fundado en el poder, en el prestigio, en las soluciones fáciles y rápidas, y el mesianismo del Siervo sufriende, que carga con los pecados de su pueblo y vive de cara a Dios y en solidaridad con los pobres y excluidos. De esta nueva forma de comprender el reinado de Dios, se desprende una nueva imagen del Mesías que se espera.

A partir de la llegada del reinado de Dios es posible llevar a cabo una vida en que la obediencia a Dios nos conduzca a una relación de comunión con los demás hombres. La desobediencia al designio de Dios se ha hecho patente en el mundo creando entre los hombres relaciones opresoras en el triple orden de lo económico (pan), político (reinos de la tierra), religioso (milagro). Sólo su rechazo en las tentaciones hace posible un orden humano que destruya esas relaciones opresoras a partir de la existencia de un nuevo poder.

4,12-17 En Galilea. Cafarnaún, junto al lago, será su ciudad (9,1). Galilea, en un tiempo pagana o influenciada por el paganismo, lugar de encuentro de pueblos y culturas, será el escenario y plataforma de revelación, como en el gran oráculo de Isaías 8,23-9,1. Así comienza a cumplirse el cargo de la misión universal de predicar el evangelio al mundo entero (28,18ss).

El paralelismo/oposición entre Juan y Jesús expresa la íntima conexión de éste último con los movimientos bautistas pero también su originalidad que lo separa en puntos clave. La coincidencia inicial se transforma pronto en separación irreductible entre ambos. La predica-

*vio una luz intensa,
a los que habitaban
en sombras de muerte
les amaneció la luz.*

¹⁷ Desde entonces comenzó Jesús a proclamar:

¡Arrepiéntanse que está cerca el reino de los cielos!

Llama a los primeros discípulos

(Mc 1,16-20; Lc 5,1-11; cfr. Jn 1,35-51)

¹⁸ Mientras paseaba junto al lago de Galilea, vio a dos hermanos –Simón, llamado Pedro, y Andrés, su hermano– que estaban echando una red al lago, pues eran pescadores. ¹⁹ Les dice:

–Vengan conmigo y los haré pescadores de hombres.

²⁰ De inmediato dejaron las redes y le siguieron.

²¹ Un trecho más adelante vio a otros dos hermanos –Santiago de Zebedeo y Juan, su hermano– en la barca con su padre Zebedeo, arreglando

ción bautista de un Dios vengador de las injusticias se convierte en Jesús en propuesta de un Dios Pacífico y no violento. El arrepentimiento que pide es para recibir el evangelio como Buena Noticia, como pura gratuidad de Dios (4,23; 9,35).

El ofrecimiento de la gracia ocupa el lugar del juicio de Dios. Jesús sale al encuentro de la expectativa del pueblo con un anuncio que, desde el comienzo, tiene como contenido central el reinado de Dios y será desde entonces el centro de su predicación.

4,18-22 Llama a los primeros discípulos. Jesús llama. Y en esto se diferencia de los rabinos de su época que eran elegidos por sus discípulos. Jesús, en cambio, es el que elige a los suyos. La llamada es categórica, la respuesta es rápida e incondicional: ellos responden a su llamado y comienzan a seguirlo.

Con estos rasgos se inaugura un nuevo tipo de seguimiento, el cristiano: es una vocación irresistible y vinculante, es un discipulado permanente, es un compartir en todo la vida y la misión del Maestro, «les haré pescadores de hombres» (19). La autoridad y el alcance del llamado de Jesús, evoca el de Yahvé a los profetas del Antiguo Testamento en el que vocación y misión forman parte de una misma realidad, como en el caso de Jeremías (cfr. Jr 20, 27ss) o como, ya en el Nuevo Testamento, acontecerá con Pablo (1 Cor 9,16).

las redes. Los llamó, ²² y ellos inmediatamente, dejando la barca y a su padre, le siguieron.

^{1 Re}
^{19,19s}

Resumen narrativo de la actividad de Jesús

(Mc 3,7-12; Lc 6,17-19)

²³ Jesús recorría toda Galilea enseñando en las sinagogas, proclamando la Buena Noticia del reino y sanando entre el pueblo toda clase de enfermedades y dolencias. ²⁴ Su fama se difundió por toda Siria, de modo que le traían todos los que padecían diversas enfermedades o sufrían achaques: endemoniados, lunáticos, paralíticos y él los sanaba. ²⁵ Le seguía una gran multitud de Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea y Transjordania.

Sermón del monte: las bienaventuranzas

(Lc 6,20-23)

5 ¹ Al ver a la multitud, subió al monte. Se sentó y se le acercaron los discípulos. ² Tomó la palabra y comenzó a enseñarles del siguiente modo:

4,23-25 Resumen narrativo de la actividad de Jesús. La actividad de Jesús engloba y unifica enseñanza (7,28-29; 21,23), proclamación de la Buena Noticia (10,7) y curaciones (8,16-17), afectando así a la totalidad de la persona del oyente. Un evangelio que sólo mire al «alma» y no al hombre y a la mujer en su totalidad, no es evangelio de Jesús; y así, donde Mateo dice: «toda clase de enfermedades y dolencias», debemos nosotros hoy leer también: toda opresión, injusticia, marginación, es decir, todas las enfermedades estructurales que nacen como subproducto de un sistema político como el actual que excluye de la mesa del mercado a gran parte de la población mundial, especialmente la situada en los países del tercer mundo.

La fama de Jesús se difunde y atrae a todo el Israel histórico, con Jerusalén como capital. Atento siempre a toda resonancia bíblica de cada gesto y palabra de Jesús, el evangelista ve cumplida en la proclamación del reinado de Dios, el anuncio de Isaías: «¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que...dice a Sión: Ya reina tu Dios!» (Is 52,7; cfr. Is 61,1).

5,1-12 Sermón del monte: las bienaventuranzas. El sermón del monte (el primero de los cinco discursos programáticos de Jesús) es la Carta Magna del nuevo pueblo de Dios. Se ha de leer con el monte Sinaí y Moisés al fondo (Éx 19) para apreciar diferencias y contrastes.

³ Felices los pobres de espíritu,
porque el reino de los cielos les pertenece.

1 Sm 2,8

⁴ Felices los afligidos,
porque serán consolados.

Is 61,2;
Sal 37,11

⁵ Felices los desposeídos,
porque heredarán la tierra.

⁶ Felices los que tienen hambre y sed de justicia,
porque serán saciados.

⁷ Felices los misericordiosos,
porque serán tratados con misericordia.

⁸ Felices los limpios de corazón,
porque verán a Dios.

Sal 24,4

⁹ Felices los que trabajan por la paz,
porque se llamarán hijos de Dios.

Prov 12,20

¹⁰ Felices los perseguidos por causa del bien,
porque el reino de los cielos les pertenece.

¹¹ Felices ustedes cuando los injurien y los persigan y los calumnien [falsamente] de todo por mi causa.

porque el premio que les espera en el cielo es abundante. De ese mismo modo persiguieron a los profetas anteriores a ustedes.

¹² Alégrese y pónganse contentos

1 Pe 4,14

2 Cr 36,16

Encabezan el discurso las ocho bienaventuranzas que constituyen el nuevo programa del reinado de Dios. Declaran: "felices los pobres" porque en ellos el reino de Dios se hace ya presente como don y como gracia en medio de nosotros. Son enunciados de valor, no mandatos como el decálogo del Sinaí; invitación a superarse constantemente, denuncia de mezquindades, oferta de la misericordia de Dios y don del gozo incontentible que trae el reinado de Dios.

A diferencia de Lucas (6,20-23), cuyas bienaventuranzas van dirigidas a todos sin especificar, como mensaje profético que señala a los pobres, perseguidos y marginados como los preferidos, las bienaventuranzas de Mateo tienen un auditorio concreto y restringido: el grupo de los que Jesús había llamado a seguirle: «se acercaron los discípulos...y los instruyó en estos términos» (1).

El evangelista escribe para una comunidad cristiana ya establecida, que comienza a organizarse como Iglesia y necesita profundizar en su nueva identidad de seguidores de Jesús, después de la ruptura traumática con el judaísmo de donde procedía la mayoría, y que les dejó en una situación de marginación social, cultural y religiosa. Es probable que estos hombres y mujeres fueran realmente pobres, menospreciados y perseguidos. Mateo les invita a descubrir en las dificultades por las que atraviesan, los valores del reinado de Dios. Las palabras de Jesús son, en primer lugar, una invitación a vivir la pobreza, la aflicción, el desposeimiento, el hambre y la sed de justicia, como «bienaventuranzas».

Y así, la pobreza material se transformará en «pobreza de corazón» o apertura confiada a la voluntad y providencia del Padre; la aflicción, en «consuelo» mesiánico, el único capaz de dar sentido al sufrimiento y a la muerte; el desposeimiento, en posesión de la «herencia» de la tierra, expresión que equivale a recibir el reinado de Dios; y el hambre y la sed de justicia, en «esperanza» del cambio radical que traerá el evangelio.

Estas cuatro primeras bienaventuranzas podrían dar la impresión de una fácil y falsa espiritualización de la dura realidad humana con la esperanza pasiva de una reivindicación en un futuro reinado de Dios. Pero no es así. A estas cuatro actitudes del corazón, siguen las otras cuatro bienaventuranzas del compromiso y del empeño por cambiar la realidad y hacer presente el reinado de Dios aquí y ahora: el compromiso de la misericordia y la solidaridad; el empeño de una vida honrada y limpia; el trabajo por la paz y la reconciliación; la firmeza ante la persecución.

En estas ocho bienaventuranzas Jesús indica el comienzo del reinado que ya está aconteciendo en la praxis de los pobres. Y es en la práctica de los pobres donde despunta, aunque de lejos, la nueva creación. En ellos la vida nueva del reinado se construye en torno a sus ejes básicos: posesión compartida de la tierra (5,4), ausencia de males que hacen sufrir y llorar (5,6), práctica de la justicia (5,6), de la solidaridad (5,7), nueva experiencia de Dios (5,8) y de la relación filial con Él (5,9), que es la raíz de la verdadera fraternidad.

Sal y luz

(Mc 9,50; Lc 14,34s)

¹³ Ustedes son la sal de la tierra: si la sal se vuelve sosa, ¿con qué se le devolverá su sabor? Sólo sirve para tirar-la y que la pise la gente.

(Mc 4,21; Lc 8,16; 11,33; cfr. Jn 8,12)

¹⁴ Ustedes son la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad construida sobre un monte. ¹⁵ No se enciende una lámpara para meterla en un cajón, sino que se pone en el candelero para que alumbre a todos en la casa. ¹⁶ Brille igualmente la luz de ustedes ante los hombres, de modo que cuando ellos vean sus buenas obras, glorifiquen al Padre de ustedes que está en el cielo.

Jesús y la Ley

¹⁷ No piensen que he venido a abolir la ley o los profetas. No vine para

abolir, sino para cumplir. ¹⁸ Les aseguro que mientras duren el cielo y la tierra, ni una «i» ni una coma de la ley dejará de realizarse. ¹⁹ Por tanto, quien quebrante el más mínimo de estos mandamientos y enseñe a otros a hacerlo será considerado el más pequeño en el reino de los cielos. Pero quien lo cumpla y lo enseñe será considerado grande en el reino de los cielos. ²⁰ Porque les digo que si el modo de obrar de ustedes no supera al de los letrados y fariseos, no entrarán en el reino de los cielos.

²¹ Ustedes han oído que se dijo a los antiguos: *No matarás*; el homicida responderá ante el tribunal. ²² Pues yo les digo que todo el que se enoje contra su hermano responderá ante el tribunal. Quien llame a su hermano imbécil responderá ante el Consejo. Quien lo lla-

Éx 20,13;
Dt 5,17;
Lv 24,17

5,13-16 Sal y luz. La breve parábola de la sal y de la luz completa la proclamación de las bienaventuranzas y termina el exordio del sermón del monte. Estos dos elementos tan necesarios en la vida cotidiana han entrado a formar parte del mundo simbólico de todas las religiones y culturas.

La tradición bíblica ha visto en las propiedades de la sal —dar sabor y preservar los alimentos— un símbolo de la sabiduría. Para Mateo esta sabiduría es la palabra de Dios, el evangelio, no en abstracto, sino personificado en la vida de los creyentes: «Ustedes son la sal de la tierra» (13).

La advertencia de «si la sal se vuelve sosa», sigue resonando hoy día, quizás con más urgencia que en otras épocas de la historia de la evangelización de la Iglesia. Nuestro mundo postmoderno, que ha dado ya la espalda a todas las ideologías, sólo reacciona ante el impacto del testimonio, y sin el testimonio de una vida cristiana sería y consecuente, el evangelio se convertirá en una ideología más; habrá perdido todo su sabor.

En la misma línea se mueve la comparación de los cristianos con la luz del mundo. Más explícitamente que la sal, la luz evoca el mensaje de Jesús reflejado en la conducta diaria de sus seguidores. San Pablo dirá: «si en un tiempo eran tinieblas, ahora son luz por el Señor: vivan como hijos de la luz» (Ef 5,8). Pero también la luz, sin el testimonio, es opaca; brilla solamente a través de las obras. La práctica de las bienaventuranzas lleva consigo una forma de vida alternativa que necesariamente será contracultural y en donde la persecución aparece como una consecuencia ineludible. Pero, incluso, o me-

jor, en la persecución este estilo de vida alcanza mayor plenitud de sentido: serán “sal de la tierra” y “luz del mundo”. Así realizarán la misión del Siervo de Dios: siendo perseguidos (Is 50,4-9), serán “luz de las naciones” (Is 42,6; 49,6).

En la visión de Isaías (60,1-3) de la ciudad irradiando luz desde lo alto y atrayendo a todos los pueblos de la tierra, ve el evangelista la misión universal de anunciar el evangelio, encomendada a los que han sido ya iluminados por la luz de Cristo.

5,17-48 Jesús y la Ley. Jesús expone su postura frente a la Ley, la *Torá*. Primero, en términos genéricos, incluyendo toda la Escritura en la fórmula consabida «ley y profetas»; después, en una serie de seis contraposiciones agudamente perfiladas, encabezadas por las famosas antítesis de Mateo: *han oído que se dijo...pues yo les digo*. Jesús habla con una autoridad que está por encima de la legislación antigua.

Jesús reconduce los mandamientos a su raíz y a su objetivo último: el servicio a la vida, a la justicia, al amor, a la verdad. No opone a la ley antigua una nueva ley, sino que la transforma y la lleva hacia una radicalidad sin precedentes, rompiendo todos los moldes y criterios que han dado origen a toda la legislación humana. En el centro de esta parte del sermón del monte, está el respeto sagrado a la persona y la denuncia contra todo aquello que, aun camuflado de artificio legal, atente contra la dignidad del hombre y de la mujer.

Pero es, sobre todo, en las dos últimas «antítesis» donde aparece toda la revolucionaria novedad del mensaje

me renegado incurrirá en la pena del infierno de fuego. ²³ Si mientras llevas tu ofrenda al altar te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, ²⁴ deja la ofrenda delante del altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano y después vuelve a llevar tu ofrenda. ²⁵ Con quien tienes pleito busca rápidamente un acuerdo, mientras vas de camino con él. Si no, te entregará al juez, el juez al comisario y te meterán en la cárcel. ²⁶ Te aseguro que no saldrás hasta haber pagado el último centavo.

²⁷ Ustedes han oído que se dijo: *No cometerás adulterio*. ²⁸ Pues yo les digo que quien mira a una mujer deseándola ya ha cometido adulterio con ella en su corazón. ²⁹ Si tu ojo derecho te lleva a pecar, sácatelo y tíralo lejos de ti. Más te vale perder una parte de tu cuerpo que ser arrojado entero al infierno. ³⁰ Y si tu mano derecha te lleva a pecar, córtatela y tírala lejos de ti. Más te vale perder una parte de tu cuerpo que terminar entero en el infierno.

(Mc 10,11s; Lc 16,18; cfr. 1 Cor 7,10s)

³¹ Se dijo: *Quien repudie a su mujer que le dé acta de divorcio*. ³² Pero yo

les digo que quien repudia a su mujer –salvo en caso de concubinato– la induce a adulterio, y quien se case con una divorciada comete adulterio.

³³ Ustedes, también, han oído que se dijo a los antiguos: *No jurarás en falso y cumplirás tus juramentos al Señor*. ³⁴ Pero yo les digo que no juren en absoluto: ni por el cielo, que es trono de Dios; ³⁵ ni por la tierra, que es tarima de sus pies; ni por Jerusalén, que es la ciudad del gran Rey; ³⁶ ni jures tampoco por tu cabeza, pues no puedes convertir en blanco o negro uno solo de tus cabellos. ³⁷ Que la palabra de ustedes sea sí, sí; no, no. Lo que se añada luego procede del Maligno.

(Lc 6,29s)

³⁸ Ustedes han oído que se dijo: *Ojo por ojo, diente por diente*. ³⁹ Yo les digo que no opongan resistencia al que les hace el mal. Antes bien, si uno te da una bofetada en [tu] mejilla derecha, ofrécele también la otra. ⁴⁰ Al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica déjale también el manto. ⁴¹ Si uno te obliga a caminar mil pasos, haz con él dos mil. ⁴² Da a quien te pide y no

de Jesús, el no rotundo a la «ley del talión»: «ojo por ojo y diente por diente» (38). ¿No sería utópica una sociedad humana sin esta ley? En realidad, la «ley del talión» ha existido en todas las culturas, no sólo en la bíblica, como mecanismo para que la sociedad no se disuelva en el caos de una violencia indiscriminada.

Aunque su cruda aplicación haya desaparecido ya prácticamente en nuestro mundo de hoy, sin embargo, «la ley del talión», por más sofisticada que se muestre en nuestros comportamientos individuales o en los códigos legales, sigue estando vigente y considerada como necesaria para asegurar una aceptable convivencia humana. Y así, la «violencia legalizada» y más o menos controlada, parece ser la única respuesta para hacer frente a todo otro tipo de violencia que amenace al individuo o a la colectividad. Un ejemplo entre tantos, la pena de muerte o la reciente guerra contra Irak.

Jesús propone la subversión de este principio porque corrompe las relaciones de las personas entre sí y con Dios. Este cambio radical sólo podrá partir de la fuerza creadora del amor y será la única respuesta que pondrá

fin a toda violencia. Y no sólo se trata de una no-violencia pasiva: «no opongan resistencia al que les hace el mal...» (39), sino activa: «pues yo les digo: amen a sus enemigos, oren por sus perseguidores» (44). Esta es la utopía evangélica que propone el sermón del Monte: el amor a todos, sin condiciones, como es el amor de «su Padre del cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos» (45). El amor no tiene límites, como no tiene límite la perfección a la que el creyente tiene que aspirar: «Sean perfectos como es perfecto el Padre de ustedes que está en el cielo» (48). Imitando de esta manera a Dios, podremos crear una sociedad justa, radicalmente nueva (5,43-48).

Quizás tengamos que confesar tristemente que nuestro mundo no está aún preparado para que la ley evangélica del amor sustituya a la ley del talión; pero, precisamente porque hemos tocado fondo en los horrores de la violencia y existe como enquistada una violencia institucionalizada, Jesús invita apremiantemente a sus seguidores a poner en práctica la utopía del amor evangélico como humilde levadura que producirá el cambio.

Lv. 19,12;
Nm 30,2

Is 66,1;
Sal 48,2

Éx 21,24;
Lv 24,20;
Dt 19,21

Prov 3,27s

Éx 20,14;
Dt 5,18

Dt 24,1

vuelvas la espalda a quien te pide prestado.

(Lc 6,27s.32-36)

Lv 19,17s

⁴³ Ustedes han oído que se dijo: *Amarás a tu prójimo* y odiarás a tu enemigo. ⁴⁴ Pero yo les digo: Amen a sus enemigos, oren por sus perseguidores. ⁴⁵ Así serán hijos de su Padre del cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos. ⁴⁶ Si ustedes aman sólo a quienes los aman, ¿qué premio merecen? También hacen lo mismo los recaudadores de impuestos. ⁴⁷ Si saludan sólo a sus hermanos, ¿qué hacen de extraordinario? También hacen lo mismo los paganos.

⁴⁸ Por tanto, sean perfectos como es perfecto el Padre de ustedes que está en el cielo.

Sobre la práctica de las obras buenas

6 ¹ Cuidense de hacer obras buenas en público solamente para que los vean; de lo contrario no serán recompensados por su Padre del cielo.

Limosna

² Cuando des limosna no hagas tocar la trompeta por delante, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles para que los alabe la gente. Les aseguro que ya han recibido su paga.

³ Cuando tú hagas limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; ⁴ de ese modo tu limosna quedará escondida, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará.

Oración

⁵ Cuando ustedes oren no hagan como los hipócritas, que gustan rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas para exhibirse a la gente. Les aseguro que ya han recibido su paga.

⁶ Cuando tú vayas a orar, entra en tu habitación, cierra la puerta y reza a tu Padre a escondidas. Y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará. 2 Re 4,33

⁷ Cuando ustedes recen no sean charlatanes como los paganos, que piensan que por mucho hablar serán escuchados. ⁸ No los imiten, pues el Padre de ustedes sabe lo que necesitan antes de que se lo pidan. Sant 1,26
Is 65,24

El Padrenuestro

(Lc 11,2-4)

⁹ Ustedes oren así:

¡Padre nuestro que estás en el cielo!
Santificado sea tu Nombre,

¹⁰ venga tu reino,
hágase tu voluntad
en la tierra como en el cielo;

¹¹ danos hoy
nuestro pan de cada día,

¹² perdona nuestras ofensas
como también

Sal 89,27

Sal 98,8s

Sal 136,25

Eclo 28,1-7

Mateo lo expresa con sencillez y realismo: «si uno te da una bofetada...al que quiera ponerte pleito...si uno te fuerza a caminar mil pasos...a quien te pide prestado» (39-42). Las respuestas podrán parecer absurdas, pero llevan en sí el poder que cambiará el mundo.

6,1-18 Sobre la práctica de las obras buenas. Limosna, oración y ayuno. Al igual que para la mayoría de las religiones de la tierra, la limosna, la oración y el ayuno eran como los tres pilares de la práctica religiosa judía. Pero cuando estas prácticas se institucionalizan y se legalizan, corren el riesgo de convertirse en pura rutina, superficialidad e hipocresía. Así ocurría en el contex-

to religioso judío donde vivían las pequeñas comunidades de Mateo que buscaban su identidad como cristianos. Mateo, a través de las palabras de Jesús, les invita a purificar toda práctica religiosa a partir del espíritu evangélico como criterio de discernimiento, como hizo antes con respecto a la Ley. Y establece un principio general: las obras de piedad no deben practicarse para ganar prestigio ante los hombres, posición de poder o privilegios.

Llama comediantes, hipócritas, charlatanes, a los que exhibían sus rezos y sus ofrendas al son de trompetas en las esquinas y en las plazas o «desfiguraban la cara para hacer ver a la gente que ayunan» (16). Es una crítica mordaz al eterno problema del fariseísmo, enfermedad

nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
¹³ no nos dejes caer en la tentación
y libranos del mal.

(Mc 11,26)

¹⁴ Pues si perdonan a los demás las ofensas, su Padre del cielo los perdonará a ustedes, ¹⁵ pero si no perdonan a los demás, tampoco el Padre los perdonará a ustedes.

que puede atacar a todos, pero que se ceba especialmente en las «personas de riesgo» o gentes de iglesia, como eran los fariseos de su tiempo. Con razón, una de las críticas históricas a la Iglesia como institución y a sus representantes ha sido precisamente la de la ostentación, el boato, la apariencia, el culto a la imagen.

6,9-15 El Padrenuestro. Todas las religiones tienen su oración especial, la que define su identidad y ha quedado grabada en la memoria colectiva de sus seguidores. Para los cristianos es el «Padrenuestro» u «oración dominical» (Dominus = Señor), porque ha salido de los labios del Señor. Lucas (11,1) dice explícitamente que fue enseñada por Jesús a petición de los discípulos. Mateo lo deja entender (9).

La versión que nos da Mateo es más elaborada que la de Lucas, quizás porque así se rezaba ya en las comunidades cristianas a las que dirige su evangelio. Con esta oración pedimos, agradecemos y nos renovamos. Contiene una invocación y siete peticiones, tres en honor de Dios (su nombre, su reino, su voluntad); cuatro a favor nuestro (nuestro pan, nuestras ofensas, nuestras tentaciones, los males que nos acechan).

La gran novedad de la «oración dominical», está en la primera palabra con la que comienza: «Padre», de la que surge espontáneamente y cobra verdadero sentido todo lo demás. Si bien la expresión «Padre» referida a Dios es frecuente en la tradición bíblica del Antiguo Testamento, nunca se había llegado más allá de un significado simbólico: Dios era padre del pueblo en general o se comportaba como un padre. En Jesús, el símbolo se hace realidad; Dios es realmente su padre, al que llama con el diminutivo entrañable con que los niños se dirigen a la persona que les dio la vida «*Abba*» (papá). Pero no sólo es «su» padre, sino también «nuestro» padre; de cada uno en particular y de todos como familia suya y hermanos de su Hijo primogénito. Todo el Nuevo Testamento es revelación de este misterio de salvación (cfr. Rom 5,2; Ef 2,18; 3,12; Heb 10,17-20).

Aunque por razón de su cultura patriarcal los evangelistas no se atrevan a llamar a Dios «madre», hoy día, libres ya de esos condicionamientos culturales, no expresaríamos adecuadamente toda la dimensión de nuestra relación filial con Dios, si no nos dirigiéramos a él/ella como: «Padre-Madre que estás en el cielo», o simple-

Ayuno

¹⁶ Cuando ustedes ayunen no pongan cara triste como los hipócritas, que desfiguran la cara para hacer ver a la gente que ayunan. Les aseguro que ya han recibido su paga. Is 58,5

¹⁷ Cuando tú ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, ¹⁸ de modo que tu ayuno no lo vean los demás, sino tu Padre, que está escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará.

mente Padre-Madre Dios, ya que la expresión «que estás en el cielo» es una expresión que encubre el nombre de Dios, y que el israelita, por respeto, no se atrevía a pronunciar. Las tres primeras peticiones, tu nombre, tu reino, tu voluntad, son en realidad una sola: el deseo ardiente de que su paternidad-maternidad se haga presente eficazmente en el mundo. El Nombre, el reino, la Ley son los tres ejes sacados del Antiguo Testamento y expresan cómo debe ser la nueva relación con Dios.

El «nombre» en la tradición bíblica es sinónimo de la identidad de la persona; apelar al nombre de Dios es invocar el esplendor de su presencia activa en medio de nosotros. Es una petición de fe.

«Venga tu reino» (10) es la otra cara de la fe: el deseo y la esperanza de que el ejercicio de su poder (es decir el reinado de Dios, tema central de la predicación de Jesús), vaya cambiando la realidad presente hasta su futura y plena transformación.

La petición «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» (10), no es fatalismo ni espera pasiva, sino que expresa el compromiso activo del orante, consecuencia de la fe y de la esperanza, a colaborar activamente para que el reinado de Dios se vaya haciendo realidad aquí y ahora.

Las cuatro peticiones restantes nos muestran que la relación renovada con Dios sólo es posible en la relación renovada entre nosotros. De ahí que esas cuatro peticiones sean para la comunidad y se refieren a cuatro necesidades: el orante pide a su Padre-Madre Dios la fuerza para el camino: primero, el alimento de cada día: «danos hoy el pan nuestro de cada día». Esta expresión de Mateo deja abierta una variedad de sentidos que no se excluyen entre sí, sino que contribuyen a presentar todo el arco de las necesidades humanas: el alimento terreno; el pan del pobre y del necesitado y, sobre todo, el alimento definitivo del reinado de Dios, anticipado en el pan de la Eucaristía.

Finalmente, y dada la condición pecadora del orante, se pide el perdón de nuestras ofensas –el perdón de las deudas– con el compromiso añadido de perdonar a los que nos ofenden, el auxilio en la prueba y la protección contra el maligno. El perdón es un punto central en la oración cristiana. El mal, como realidad o el Maligno como causante del mal, tiene en cada momento su figura histórica. Atrevemos a delimitarlo y a llamarlo por su

Sobre el poseer

(Lc 12,33s)

¹⁹ No acumulen tesoros en la tierra, donde la polilla y la herrumbre las destruyen, donde los ladrones perforan paredes y roban. ²⁰ Acumulen tesoros en el cielo, donde no roe la polilla ni destruye la herrumbre, donde los ladrones no abren brechas ni roban.

Job 31,24s

²¹ Pues donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón.

Luz y tinieblas

(Lc 11,34-36)

²² La lámpara del cuerpo es el ojo: por tanto, si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará lleno de luz; ²³ pero si tu ojo está enfermo, todo tu cuerpo estará lleno de oscuridad. Y si tu fuente de luz está a oscuras, ¡cuánta oscuridad habrá!

Prov 22,9;
23,6;
Eclo 31,13

Dios y el dinero

(Lc 16,13)

²⁴ Nadie puede estar al servicio de dos señores, pues u odia a uno y ama

al otro o apreciará a uno y despreciará al otro. No pueden estar al servicio de Dios y del dinero.

Confianza en Dios

(Lc 12,22-31)

²⁵ Por eso les digo que no anden angustiados por la comida [y la bebida] para conservar la vida o por la ropa para cubrir el cuerpo. ¿No vale más la vida que el sustento, el cuerpo más que la ropa? ²⁶ Miren las aves del cielo: no siembran ni cosechan ni recogen en graneros, y sin embargo, el Padre del cielo las alimenta. ¿No valen ustedes más que ellas? ²⁷ ¿Quién de ustedes puede, por mucho que se inquiete, prolongar un poco su vida? ²⁸ ¿Por qué se angustian por la vestimenta? Miren cómo crecen los lirios silvestres, sin trabajar ni hilar. ²⁹ Les aseguro que ni Salomón, en el esplendor de su gloria, se vistió como uno de ellos. ³⁰ Pues si a la hierba del campo, que hoy crece y mañana la echan al horno, Dios la vis-

Sal 36,7;
104,27s

1 Re 10

nombre en cada coyuntura histórica es un ejercicio de discernimiento cristiano y una exigencia de la dimensión profética de nuestra fe. Así termina la oración cristiana que, en su brevedad, resume todo el evangelio.

6,19-21 Sobre el poseer. Luz y tinieblas. Dios y el dinero. Con sus cuatro recomendaciones sobre la posesión de bienes, Jesús no se suma, sin más, a la condena tradicional del afán excesivo de poseer, sino que desennascara la maldad de la codicia en su raíz más profunda: la idolatría. Mamón, dios del dinero, es rival irreconciliable con el Dios de las bienaventuranzas, cuya santidad se manifiesta en el esplendor de su generosidad, como lo acaba de enseñar en el «Padrenuestro». ¡Cuánta oscuridad! (23) la que entra en el corazón del hombre o de la mujer a través del ojo cegado por la ta-cañería! Y termina con una frase lapidaria que emplaza a sus oyentes, de ayer y de hoy, a hacer una opción radical, sin medias tintas: «No pueden estar al servicio de Dios y del dinero» (24).

6,25-34 Confianza en Dios. Quizás no exista otro concepto religioso en nuestra tradición cristiana que se haya prestado tanto al desconcierto, al abuso y a la manipulación, como el de la «providencia de Dios». Ha servido para todo, para encubrir la falta de esfuerzo y tra-

bajo personal, y aceptar con fatalismo lo que venga; o para aquietar nuestra conciencia ante la injusticia y la opresión de los pobres, esperando que la providencia se cuide de ellos. A veces llamamos instintivamente «providencia» a la abundancia y al bienestar o nos sentimos apartados de ella cuando llama a nuestras puertas la penuria y el sufrimiento. En el fondo, si no sabemos a qué atenernos respecto a la Providencia de Dios, es porque, hasta ahora quizás, no hayamos leído de verdad el «sermón del monte».

Jesús no nos explica cómo o cuándo se hace presente la «Providencia»; simplemente nos invita a abandonarnos en manos de nuestro Padre-Madre Dios para quien sus hijos e hijas son las criaturas más importantes de toda su creación, y así, pasar de la angustia a la confianza. Jesús resume en una frase cuál debe ser la actitud de sus seguidores ante la providencia de Dios: «busquen primero el reinado de Dios y su justicia» (33). Y el reinado se recibe como don gratuito, con la alegría y confianza de quien experimenta la paternidad-maternidad de Dios en su acción transformadora del mundo. Pero esta «justicia» (salvación) de Dios invita también a la colaboración y al empeño personal y colectivo de sus seguidores con su plan salvador. La confianza lleva necesariamente al compromiso, pues nadie se compromete con una causa perdida.

te así, ¿no los vestirá mejor a ustedes, hombres de poca fe?

³¹ En conclusión, no se angustien pensando: ¿qué comeremos?, ¿qué beberemos?, ¿con qué nos vestiremos?

³² Todo eso buscan ansiosamente los paganos. Pues el Padre del cielo sabe que ustedes tienen necesidad de todo ello. ³³ Busquen primero el reino [de Dios] y su justicia, y lo demás lo recibirán por añadidura.

³⁴ Por eso, no se preocupen del mañana, que el mañana se ocupará de sí. A cada día le basta su problema.

No juzgar: la pelusa en el ojo del hermano
(Mc 4,24; Lc 6,37-42; cfr. Jn 8,1-11)

7 ¹ No juzguen y no serán juzgados. ² Del mismo modo que ustedes juzguen se los juzgará. La medida que usen para medir la usarán con ustedes. ³ ¿Por qué te fijas en la pelusa que está en el ojo de tu hermano y no miras la viga que hay en el tuyo? ⁴ ¿Cómo te atreves a decir a tu herma-

no: Déjame sacarte la pelusa del ojo, mientras llevas una viga en el tuyo?

⁵ ¡Hipócrita!, saca primero la viga de tu ojo y entonces podrás ver claramente para sacar la pelusa del ojo de tu hermano.

⁶ No tiren las cosas santas a los perros, ni arrojen sus perlas a los cerdos, no sea que las pisoteen y después se vuelvan contra ustedes para destruirlos.

Pidan y se les dará

(Lc 11,9-13; cfr. Jn 14,13s)

⁷ Pidan y se les dará, busquen y encontrarán, llamen y se les abrirá, ⁸ porque quien pide recibe, quien busca encuentra, a quien llama se le abrirá. ⁹ ¿Quién de ustedes, si su hijo le pide pan, le da una piedra? ¹⁰ ¿O si le pide pescado, le da una culebra? ¹¹ Pues si Is 65,24
Sal 37,4 ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más dará el Padre del cielo cosas buenas a los que se las pidan!

Y esto es justamente lo que nos enseña esta página entrañable del evangelio: que el poder salvador de Dios, simbolizado en el esplendor y la delicada magnificencia con que trata a las aves del cielo y a las flores del campo, no va a dejar fuera del banquete del reino a sus hijos e hijas.

7,1-6 No juzgar: la pelusa en el ojo del hermano. El sermón del monte ha ido desmantelando poco a poco todas las estructuras y condicionamientos internos que aprisionan y esclavizan a la persona, desde una perspectiva nueva que revoluciona toda la ética y todo comportamiento humano convencional: la presencia del reinado de Dios. Lo ha hecho con la ley del talión, con el afán de poseer, con la angustia ante el mañana; ahora lo hace con el juicio contra el hermano.

Si Jesús hablara simplemente de las actitudes civilizadas de la comprensión y la tolerancia, no habría dicho nada nuevo que no hubieran dicho ya los rabinos de su tiempo (o de todos los tiempos) quienes usaban la proporción como norma positiva de juicio: «Del mismo modo que ustedes juzguen se los juzgará» (2). Confucio decía, quinientos años antes de Jesús, que «el hombre justo, cuando ve una cualidad en los demás, la imita; cuando ve un defecto en los demás, lo corrige en sí mismo». Jesús cita la norma, pero para negarla, para prohi-

bir y condenar como falso, hipócrita y farisaico todo juicio humano que no esté ya inspirado en la nueva justicia que ha traído el reinado de Dios.

Y esto lo ilustra con el proverbio que pone de relieve la desproporción hiperbólica entre la basura o la pelusa en el ojo del hermano y la viga en el ojo propio. Si la presencia del reinado de Dios entre nosotros nos ha hecho experimentar el don inmenso e impagable de su perdón y misericordia, es decir, la revelación de su justicia (salvación), todo otro juicio que no sea el de ver al prójimo en el mismo abrazo salvador del Padre, sería tan injusto y absurdo como quien se fija en la pelusa del ojo del hermano llevando una viga en el propio.

7,7-12 Pidan y se les dará. A estas alturas del sermón del monte, el discípulo-oyente de Jesús podría sentirse sobrecogido ante los desafíos tan radicales que plantea el reinado de Dios. Desafíos que aparecen como exigencias utópicas que bordean lo absurdo y desbordan toda nuestra capacidad humana de comprensión y de realización. Pues con el mismo laconismo y autoridad con que ha propuesto la nueva ley del reinado de Dios, Jesús nos viene a decir que dicha ley no se puede cumplir a través del solo esfuerzo humano, sino que se recibe gratuitamente, como don de Dios.

Pero al don debe preceder la petición del don, y no

(Lc 6,31)

¹² Traten a los demás como quieren que los demás los traten. En esto consiste la ley y los profetas.

La puerta estrecha

(Lc 13,24; cfr. Sal 1)

Prov 4,18s

¹³ Entren por la puerta estrecha; porque es ancha la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella. ¹⁴ ¡Qué estrecha es la puerta, qué angosto el camino que lleva a la vida, y son pocos los que lo encuentran!

Por los frutos los reconocerán

(Lc 6,43s; cfr. 2 Pe 2,1-3)

Jr 23;
Ez 13

¹⁵ Cuidense de los falsos profetas que se acercan disfrazados de ovejas y por dentro son lobos rapaces. ¹⁶ Por sus frutos los reconocerán. ¿Se cose-

Eclo 27,6;
Sant 3,12

una petición puntual y coyuntural, sino toda una vida entendida como empeño de búsqueda comprometida con el reinado, expresada en la reiteración: «pidan, busquen, llamen...porque quien pide, quien busca, quien llama» (7s). La posible duda sobre un Dios sordo a nuestras peticiones la reduce Jesús al absurdo; sería como colocar a «el Padre-Madre del cielo» (11) a un nivel más bajo que los padres y madres de la tierra quienes, aunque malos, saben dar cosas buenas a sus hijos.

La «regla de oro» (12) no es nueva; de una manera u otra se encuentra en el código ético de todas las religiones y culturas. En el judaísmo aparece expresada negativamente: «no hagas a otro lo que no quieres que te hagan a ti», tal como Tobías inculcaba a su hijo y los judíos enseñaban a los prosélitos de origen pagano (Tob 4,15).

El sermón del monte culmina con esta regla de oro, pero lo nuevo que propone no está en que viene expresada en forma positiva: «traten a los demás...» (12); esto sería sólo cuestión de matices. Su novedad está en la perspectiva radicalmente distinta en que viene colocada: la presencia del reinado de Dios entre nosotros, que revoluciona el comportamiento mutuo abriéndolo a la creatividad de un amor que no conoce proporciones ni límites.

7,13s La puerta estrecha. Mateo pone fin al sermón del monte con un epílogo que refleja las circunstancias de los cristianos de su tiempo que vivían en un ambiente duro, no exento de hostilidad y persecución. Si el evangelista tiene presente a las comunidades a las que dirige su evangelio, las palabras de Jesús se dirigen a todos sus seguidores de todos los tiempos para quienes, persecu-

chan uvas de los espinos o higos de los cardos? ¹⁷ Un árbol sano da frutos buenos, un árbol enfermo da frutos malos. ¹⁸ Un árbol sano no puede dar frutos malos ni un árbol enfermo puede dar frutos buenos. ¹⁹ El árbol que no dé frutos buenos será cortado y echado al fuego. ²⁰ Así pues, por sus frutos los reconocerán.

(Lc 6,46; 13,25-27)

²¹ No todo el que me diga: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que cumpla la voluntad de mi Padre del cielo. ²² Cuando llegue aquel día, muchos me dirán: ¡Señor, Señor! ¿No hemos profetizado en tu nombre? ¿No hemos expulsado demonios en tu nombre? ¿No hemos hecho milagros en tu nombre? ²³ Y yo entonces les de-

ción o no, profesar una vida según los valores del evangelio es siempre ir contracorriente, contra lo social, político y, a veces, religiosamente correcto.

En situación semejante hay que tomar decisiones y actuar entre dificultades. Jesús lo previene y ofrece criterios de discernimiento, usando y renovando las imágenes tradicionales del camino, el árbol y la construcción.

La puerta estrecha sigue siendo para todos los seguidores de Jesús la puerta del pobre y del excluido, la puerta por la que el mismo Jesús atravesó el umbral de la existencia humana; Él no se hizo genéricamente hombre, sino específicamente hombre pobre. En las palabras de Jesús a sus discípulos «como el Padre me ha enviado, así les envío yo», no sólo se expresa el anuncio del envío misionero, sino también la forma específica de realizar la misión, como Él la llevó a cabo, por voluntad del Padre.

7,15-29 Por los frutos los reconocerán. Roca y arena. Los falsos profetas fueron en el Antiguo Testamento la pesadilla de los auténticos profetas (cfr. Jer 23 y Ez 13, entre otros), lo mismo que los falsos doctores lo fueron de las primeras comunidades cristianas (1 Jn 2, habla de anticristos). El criterio de discernimiento es claro: los frutos, como los que da el árbol sano.

No es cuestión de doctrina correcta, de ortodoxia, sino de ortopraxis. Jesús anatematiza a los que nunca recorrieron la senda del pobre y al final se encontraron sin los frutos del reinado: «tuve hambre...tuve sed...era emigrante...estaba desnudo...en la cárcel... enfermo...y no me dieron de comer...» (25,42-43), y «lo que no hicieron a uno de estos más pequeños no me lo hicieron a mí» (45).

clararé: Nunca los conocí; apártense de mí, ustedes que hacen el mal.

Roca y arena

(Lc 6,47-49)

²⁴ Así pues, quien escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a un hombre prudente que construyó su casa sobre roca. ²⁵ Cayó la lluvia, crecieron los ríos, soplaron los vientos y se abatieron sobre la casa; pero no se derrumbó, porque estaba cimentada sobre roca.

²⁶ Quien escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a un hombre tonto que construyó su casa sobre arena. ²⁷ Cayó la lluvia, crecieron los ríos, soplaron los vientos, golpearon la casa y ésta se derrumbó. Fue una ruina terrible.

(Mc 1,22; Lc 4,32)

²⁸ Cuando Jesús terminó su discurso, la multitud estaba asombrada de su

enseñanza; ²⁹ porque les enseñaba con autoridad, no como sus letrados.

Sanaciones

(Mc 1,40-45; Lc 5,12-16)

8 ¹ Cuando bajaba del monte le seguía una gran multitud. ² Un leproso se le acercó, se postró ante él y le dijo:

–Señor, si quieres, puedes sanarme.

³ Él extendió la mano y le tocó diciendo:

–Lo quiero, queda sano.

Y en ese instante se sanó de la lepra. ⁴ Jesús le dijo:

–No se lo digas a nadie; ve a presentarte al sacerdote y, para que les conste, lleva la ofrenda establecida por Moisés.

(Lc 7,1-10; cfr. Jn 4,46-54)

⁵ Al entrar en Cafarnaún, un centurión se le acercó y le suplicó:

⁶ –Señor, mi muchacho está postrado en casa, paralítico, y sufre terriblemente.

8-9 Sanaciones. Las sanaciones no son prueba extrínseca y heterogénea de una doctrina y una misión, sino que son ya realización parcial y concreta; al sanar, Jesús está haciendo presente el reinado de Dios, que lleva consigo la liberación de toda la persona y de todas las personas.

Los relatos de sanación siguen con gran libertad un esquema básico: diálogo con el enfermo y el efecto en los que asisten o se enteran. En primer plano se aprecia la necesidad de creer y confiar en Jesús para disponerse a su gesto liberador. Todos los relatos sinópticos suponen o conducen a una fe en Jesús. A veces Jesús mismo la pide, otras la descubre en los gestos de la gente o la suscita con sus preguntas. En ocasiones, subraya que es la fe del enfermo la que le ha curado. Mateo acentúa, frente a Marcos y Lucas, la «poca fe» de los discípulos como impedimento para comprender la persona y los gestos de Jesús, y la dificultad de hacer ciertas curaciones que Jesús realiza. Se tiene fe en Jesús si se tiene fe en la Buena Noticia del reinado que Él anuncia y realiza.

Por encima de todo, lo que Jesús está pidiendo es una fe en la irrupción de la fuerza del reinado en esas obras poderosas que lo manifiestan. Mateo subraya este camino del reinado, enseñado por Jesús en varios discursos, pero también mostrado en obras, sobre todo en esas «obras poderosas» que concentra especialmente en los capítulos 8 y 9 y repite en sus sumarios a lo largo de todo su evangelio (4,23s; 8,16; 9,35; 12,15s; 14,14.34ss; 15,29ss; 19,2; 21,14). Esta misma actitud debe conti-

nuar en la Iglesia, poniéndose al servicio de los pequeños y superando la «poca fe» (6,30; 8,26; 14,31; 16,8 y 17,20 en su Maestro y Señor.

8,1-17 Tres marginados: el leproso, el extranjero y la mujer. La fuerza salvadora del reinado de Dios no tiene fronteras; por eso Jesús se acerca, en primer lugar, a tres necesitados que simbolizan la marginación a que estaban sometidos en aquella sociedad: los enfermos contagiosos, por su enfermedad; las mujeres, por la opresión de una cultura patriarcal; y los paganos, por su exclusión del pueblo de Dios.

Jesús respeta la ley de reintegrar al leproso sin un certificado otorgado por un sacerdote. Los sacerdotes examinaban, diagnosticaban y, en ciertos casos, confinaban o excluían de la vida civil. Jesús sana, limpia y restituye a la vida de la comunidad. Es su voluntad y tiene el poder.

El centurión (jefe de cien hombres del ejército romano), además de pagano, representaba a la potencia colonial de Roma; doble motivo para convertirse en una persona desdenable. Pero por su fe entra en la nueva comunidad y crece como figura ejemplar: como denuncia de los que se resisten a creer y como anuncio de muchos que creerán. El caso particular de la sanación del criado paralítico se prolonga como anuncio misionero de alcance universal (cfr. Is 2,2-5; Miq 4,1-5). La expresión del Salmo 107,3: «den gracias al Señor porque es bueno...que lo digan (...) los que reunió...de oriente, occi-